

LOS INSTRUMENTOS DEL CONOCIMIENTO: AMERICA ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD

M^a Concepción García Sáiz

Conservadora Jefe de la Sección Colonial

En 1832 un poeta alemán, Nikolaus Lenau, inicia un viaje a América intensamente deseado. Desengañado del desarrollo de los acontecimientos en Europa, hastiado de la represión de todos los intentos de alcanzar una vida basada en la libertad, pone sus ojos y todo su ser -como corresponde a su condición de poeta- en un objetivo concreto: instalarse en el Nuevo Mundo, donde la Libertad es un bien común tras la reciente independencia lograda sobre las antiguas metrópolis. Los Estados Unidos le ofrecen todas las garantías que necesita; allí, como en el resto del continente, la Naturaleza se le ofrece rica y bondadosa, dispuesta a nutrir su inspiración literaria.

A pesar de las apariencias, no todo es poesía en su proyecto. En él está presente también el deseo de enriquecimiento, y rápido, además. Tanto, que espera que con el trabajo de tres o cuatro años acumulará una fortuna suficiente como para vivir de ella el resto de sus días. Claro que el punto elegido para ello no será algún lugar especial de las tierras americanas, en contacto con esa Naturaleza tan elogiada y en medio de los buenos salvajes, sino Austria. Lenau busca en América, como muchos otros antes y después de él, su fortuna, en el sentido más material de la palabra, aunque lo adorne con la lírica.

Y sobre todo, con una actitud muy europea, lo que espera es reconocer en ella lo mejor de su propia cultura, incluso de sus costumbres más cotidianas, como los hábitos alimenticios. Y cuando no la encuentra -ni tiempo se da casi para intentar conocer y comprender el nuevo mundo-, cuando además advierte que para conseguir el éxito económico que persigue ha de luchar duro y competir con gentes que jamás habrían formado parte de su ambiente en Europa, emprende la retirada. Primero se aleja mentalmente, de igual modo que se aproximó en su imaginación antes de cruzar el Atlántico por primera vez; con las palabras, que domina tan bien, desacredita una y mil veces lo que hasta entonces era objeto de su pasión, hasta el punto de convertirse en un seguidor -otra vez entusiasta- de quienes sostienen la condición degenerativa del continente americano, que descompone todo lo que llega a él. Sus argumentos son muchas veces pueriles, a pesar de que trate de darles un valor universal por medio de expresiones grandilocuentes. América no posee ruiseñores, no posee aves que canten y eso, en su opinión, es muy sintomático. ¿Qué puede esperarse de un continente donde los poetas no pueden inspirarse en el trino de los pájaros? (Gerbi, 1982: 469-478).

En realidad, la experiencia de Lenau -con todo el carácter excepcional que le da su personalidad- resume una actitud muy común en Eu-

ropa con relación a América, a la que desde temprano se convierte en el espacio ideal para que la justicia, la libertad y la felicidad alcancen su máxima expresión. Desde que se tuvo noticia de su existencia, antes incluso de que pudiera desligarse enteramente de Asia de la que se consideró un extremo -o precisamente como resultado de ello-, se instalaron allí los mitos que la tradición occidental había elaborado durante siglos. Y el de la localización de Ophir, en todas sus versiones, no era uno de los menores. El propio Paraíso Terrenal tuvo también su lugar, y bien que se empeñó Antonio de León Pinelo en ello ya en pleno siglo XVII con su obra "El Paraíso en el Nuevo Mundo, comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales" (1656), localizándolo en el Perú. El carácter "científico" de su investigación venía avalado por la autoridad de los clásicos y por la minuciosidad empleada en las descripciones, hasta el punto de presentar los datos necesarios para precisar su ubicación y tamaño "en un círculo de nueve grados de diámetro, que son 160 leguas y 460 de circunferencia" (I, 139).

Desde que se conocieron las primeras descripciones del mundo americano, sus habitantes fueron traídos y llevados de las puertas del Olimpo a las del Averno, sin César. Lo difícil era encontrarlos comportándose como simples humanos. Tal y como eran sus "descubridores": heroicos y mezquinos, místicos y descreídos, desprendidos y avariciosos, emprendedores y holgazanes, castos y lujuriosos. La dificultad para comprender al otro, para valorar lo diferente en la misma medida que lo semejante, está presente como una constante en la mayor parte de la extensa literatura americanista producida en Europa, y en ella seguimos atrapados a menudo.

Basándonos en la pervivencia real y actual de muchas de esas imágenes duales y extremas elaboradas desde Europa para describir América, hemos concebido una sala introductoria dentro del esquema general de la remodelación de la exposición permanente del Museo de América de Madrid, que invite a sus previsibles visitantes a la reflexión sobre los conceptos y las ideas que ellos mismos poseen sobre el desarrollo cultural de este continente, y por qué medios han llegado hasta ellos. Más aún teniendo en cuenta que posteriormente, en las salas que se abren a continuación, se les pretende ofrecer una visión de las culturas americanas a través de sus restos, desde unos planteamientos antropológicos que nos permitan reconocer al individuo como miembro de una sociedad, en conexión con los temas cotidianos de la existencia, lejos de otras valoraciones.

El título reservado para este área: Los instrumentos del conocimiento, busca aproximar al visitante a las fuentes de donde parten los conceptos que durante siglos han ido configurando esa imagen. Y se ha estructurado por medio de la presentación de textos, imágenes y objetos. Tanto los textos como las imágenes han sido elaborados por escritores -religiosos, funcionarios, militares o científicos- y artistas pertenecientes a la tradición occidental y en consecuencia reflejan a través de sus obras su propio bagaje cultural. Junto a él aparecen también los intereses específicos que acompañan a cada una de estas realizaciones y que tienen mucho que ver con el momento histórico en el que se producen. Todo ello precedido de esa imagen universalmente reconocible, la formada por la alegoría del continente. La idea de arrancar con esta figura simbólica se

sustenta en el deseo de situar deliberadamente al visitante ante aquello que le es más familiar y a lo que se concede un significado más general. Y no cabe duda que la representación de una mujer semidesnuda, cubierta con adornos de plumas y armada con arco y flechas es fácilmente reconocible e identificable. Es, como todas las alegorías, una interpretación intelectual producida en Europa, y tiene su punto de partida en las descripciones iniciales de aspectos reales del mundo americano. Por ello se acompaña de un conjunto de objetos -un tocado y un faldellín de plumas, un arco y sus correspondientes flechas, y las representaciones de una cabeza cortada, un caimán y un armadillo -muy relacionados con los que dan personalidad a la imagen, haciéndola verosímil y propiciando su lectura. La incorporación de esta cuarta parte del mundo a la conciencia europea, tiene su correspondencia visual con la representación plástica del tema de los continentes, en la que ya se define el papel a desempeñar por cada uno de ellos. Europa es la representación del poder a través de su labor civilizadora, que se extiende al resto del mundo. Y América -desde la perspectiva europea- es entendida formando parte de este conjunto y no fuera de él. De ahí las múltiples representaciones artísticas en las que aparece entregando sus riquezas a cambio de la protección del príncipe o los beneficios de la religión católica, situación que comparte con Asia y África. En ellas la persistencia de los elementos relacionados con la desnudez y la violencia, por medio de la referencia a la antropofagia, da preeminencia a los aspectos negativos, y sólo es rota de forma ocasional.

Frente a la generalización que propone la alegoría y rodeándola físicamente, se disponen las áreas dedicadas a las descripciones individualizadas, a través de las que es evidente la percepción de una rica diversidad cultural. La selección de los textos es breve -asimilables por la museografía- pero en ellos se recogen diversas referencias a la naturaleza, al hombre y a su manera de organizarse en comunidad. Son en realidad una síntesis del esquema que posteriormente constituirá el hilo conductor del museo, pues éste basa su esquema en el utilizado por los cronistas e historiadores de Indias españoles, reconocidos como precedentes de las modernas ciencias sociales y autores a mediados del siglo XVI de los primeros tratados de etnología comparada.

La recepción de noticias sobre América llega a España y se difunde por ella, traspasando incluso sus fronteras, a través de muy diferentes canales. Cada uno de ellos introduce las variantes que responden a los intereses del grupo que las genera, y en el largo proceso de su divulgación están a merced de continuas e incontroladas modificaciones. Los navegantes y descubridores son los primeros interesados en mantener abiertas las expectativas de enriquecimiento de sus promotores, ya que sin su apoyo, basado en la esperanza de los grandes hallazgos, la empresa no podría llevarse a cabo. Así se multiplican hasta el infinito los bancos de perlas, los filones auríferos, los productos con los que poder comerciar a gran escala. O, para ser más exactos, son las posibilidades de encontrarlos las que se multiplican. Hay que justificar el esfuerzo realizado y crear el acicate necesario para que éste se incremente. A Colón se le han atribuido las primeras "idealizaciones" del mundo americano con una finalidad concreta, pero tras él cientos de individuos practicaron la misma fórmula a su regreso del Nuevo Mundo, hasta el punto de que la literatura española recoge como una de las variantes del "indiano" aquella en la que el personaje, fracasado, permite que trascorra su vida en la Península

pendiente del hipotético envío de una inexistente fortuna que ha dejado pendiente al otro lado del océano. De América tenía que llegar no a la salvación individual, sino la del país entero, que en los momentos de mayor dificultad económica para las arcas oficiales esperaba la entrada en puerto de los galeones para resolver sus problemas más acuciantes. También formó parte de la política de los estados europeos el promover la difusión de noticias alentadoras sobre la fertilidad del suelo americano y la bonanza de su clima, con la intención de que aumentase la emigración a áreas determinadas en las que precisaba consolidar su presencia política.

Pero también circulaban las noticias de los desengañados -los predecesores de Lenau- que describían mil horrores como justificación de su fracaso. Y las de quienes simplemente querían agrandar sus minúsculas hazañas ante parientes y conocidos, o ante los poderes encargados de darles reconocimiento en forma de prebendas. Tras el contacto con los europeos, América fue vista desde el Viejo Mundo con una óptica repleta de distorsiones desmesuradas, que calaron pronto y con fuerza en la conciencia colectiva, situándose por encima de los datos verídicos y los juicios contrastados. Probablemente sea porque la historia de la imagen de América tiene más que ver con la realidad europea que con la americana.

Sin embargo, la información escrita que generó esta relación, especialmente desde España, alcanzó un volumen extraordinario. Ya sea a través de cartas privadas, de relaciones e informes, de documentos burocráticos oficiales, de descripciones históricas, o de composiciones literarias, nada parece que escapara a los ojos y a la pluma de sus autores en su conjunto. No toda ella ha estado al alcance de los lectores interesados conforme se iba produciendo, ya que su publicación en repetidas ocasiones sufrió las consecuencias de los numerosos intereses políticos, económicos y religiosos que rodearon las relaciones con la metrópoli y las de ésta con el resto de Europa. No obstante, muchos de los textos que no llegaron a ver la luz -con demasiada frecuencia los de mayor interés- fueron utilizados por otros autores como fuente de información directa, lo que contribuyó a que gran cantidad de los datos aportados por los autores originarios llegaran a ser difundidos por una segunda o tercera mano. A causa de ello muchas de estas obras a la hora de ser editadas habían perdido ya esa adecuación cronológica con los hechos tan importante para su comprensión y en especial para la comprensión de la realidad americana. La apropiación de estas obras -editadas o inéditas en el momento de su elaboración- al conocimiento moderno del pasado americano ha resultado pues fundamental en el desarrollo de la antropología.

A lo largo de todo el siglo XVI los lectores españoles que buscan una familiarización con el mundo americano recogen su información mayoritariamente de los escritos de Pedro Mártir de Anglería, Pedro Cieza de León y Francisco López de Gómara -al menos éstos son los autores que aparecen de forma más repetida en las bibliotecas de los particulares-. Les siguen a cierta distancia y por este orden Gonzalo Fernández de Oviedo, Alonso de Ercilla y Agustín de Zárate. Posteriormente, en el siglo XVII, se decantarán por José de Acosta, Garcilaso de la Vega y José de Veytia y Linaje, desplazados todos ellos en el siglo XVIII por Antonio de Solís. A ellos habría que sumar la figura de fray Bartolomé de las Casas,

cuya sombra está presente en muchos de estos escritos a través de una influencia directa o por medio de la fuerza de sus teorías y la controversia que suscitaron, a pesar de que nunca llegó a las prensas la parte más importante de su producción. Y también la de fray Bernardino de Sahagún, autor inédito de las cosas de la Nueva España, pero con un manuscrito en el que se inspiraron parcialmente en repetidas ocasiones otros historiadores de Indias.

Un recorrido por los aspectos más destacados de los escritos de Mártir de Anglería, Las Casas, Acosta y Sahagún es quizá suficiente para justificar su presencia en este apartado del discurso museológico. En su selección no prima la multiplicidad de datos que facilitan sobre las culturas americanas, sino su aportación en cuanto a la manera de enfrentarse a la existencia de América y sus habitantes.

La obra del humanista Pedro Mártir, escrita en latín, abarca en su narración desde el primer viaje de Cristóbal Colón hasta la toma de México por Hernán Cortés. Publicada progresivamente de forma parcial - hasta 1530 en que ve la luz todo el conjunto de manera unitaria- la descripción de los acontecimientos presenta una contemporaneidad con la mayoría de los hechos digna de ser tenida en cuenta, a pesar de las discrepancias de algunas fechas localizadas por los investigadores. Por lo tanto el autor, que no participa directamente en ninguno de ellos pues nunca viajó a América, es un intérprete muy adecuado del impacto que van produciendo estas noticias en la Península, y de como calan en ella unos modelos que con extraordinaria celeridad se convertirán en prototipos. Su protagonismo en el capítulo de la elaboración y difusión de estos instrumentos de conocimiento es pues de gran trascendencia en esta primera época.

Durante la primera mitad del siglo XVI, Mártir de Anglería ya ha transmitido a sus lectores y a los lectores de sus traductores y "plagiarios" los elementos clave de la imagen de América. Atento a todas las novedades gracias a una situación privilegiada en las cortes de los Reyes Católicos, de Juana y del emperador Carlos, en rápido contacto personal con los recién llegados de las Indias a los que interroga mientras agasaja en su propia casa, contemplador directo de las primeras muestras de las culturas materiales de las Antillas o de México, de los frutos, las plantas más variadas y los animales que forman los primeros envíos e incluso espectador casi en privado de las representaciones llevadas a cabo por los aztecas enviados por Cortés, es un hombre de su tiempo, un humanista, y necesita de sus lecturas clásicas para interpretarlo todo. Como el resto de sus contemporáneos que intentan describir América a partir de su mundo conocido, reubicándolo en la Nueva España, la Nueva Granada, la Nueva Inglaterra, la Nueva Amsterdam...

El nos abre esas diferentes vías de conocimiento por medio de la lectura de los primeros escritos sobre el tema, como sucede con la obra de Ramón Pané sobre las Antillas -"cierto Hermano Ramón, ermitaño, que por mandato de Colón vivió mucho tiempo entre los caciques isleños para que los educara en el Cristianismo, y que escribió en español un librito acerca de los ritos de los insulares..." (1989: 80)-, por medio de la contemplación de objetos en los que sabe encontrar la belleza de lo diferente, al margen de su valor material, y por medio de la consulta de los

documentos cartográficos, en los que contempla cómo el mundo va tomando una nueva forma. En definitiva, nos ofrece las posibilidades de plantear el guión museológico de una introducción a América.

El mito y la realidad están presentes en las páginas de sus *Décadas* en las que ya tiene su espacio el **buen salvaje habitante de una Edad de Oro**: "tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos mio y tuyo, semillas de todos los males, pues se contentaban con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falte a nadie nada. Para ellos es la Edad de Oro" (1989: 38), pero también está la visión más negativa, es decir, la que se limita a presentar al indígena como **salvaje**, un barbaro sin más: "Comen carne humana en la tierra firme; son sodométicos más que generación alguna; ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; son estóridos alocados. No guardan verdad si no es en su provecho; son inconstantes... No son capaces de doctrina ni castigo; son traidores, crueles y vengativos..." (1989: 440). Los primeros juicios, los positivos, proceden del propio Almirante y tendrán continuidad a lo largo de siglos hasta la renovación del concepto planteada en el siglo XVIII por Rousseau. Los negativos también verán un renacer en esta centuria ilustrada a manos de Buffon.

Los dos polos de la actuación española se encuentran reflejados con claridad. Por un lado las intenciones de los monarcas "nuestro Rey y nuestra Reina, cuyos pensamientos, aún cuando duermen, no son otros que el aumento de nuestra religión, esperando con anhelo que fácilmente podrán ser atraídos al culto cristiano tantas naciones y gentes sencillas..." (1989: 14), pero por otro la realidad de los hechos: "Idos a mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos, por las corrientes de un océano que se parece al giratorio curso de los cielos, distantes de las autoridades, arrastrados de la ciega codicia del oro los que de aquí se van mansos, llegados allí se convierten en rapaces lobos... Veremos como se porta la suerte con los indios que han quedado" (1989: 439)

En todas las situaciones comprometidas -porque las juzga fantásticas en exceso, porque repugnan a su cultura de humanista o porque implican ciertos juicios morales en los que no está muy dispuesto a entrar- el cronista pone un especial énfasis en aclarar que cuenta lo que le han contado. Aunque a veces deja caer un sugerente "De estas cosas cuentan muchas". Por algo será.

Dos de los temas candentes de la literatura americanista están ya planteados de una forma clara en fechas tan tempranas: el de la condición del indio y el de la justificación de la conquista, directamente relacionados entre sí. Son asuntos que hoy siguen levantando fuertes polémicas y que, inevitablemente, subyacen en cualquier actividad relacionada con el pasado americano.

Y nos interesa de forma especial mencionar este tema en este punto porque de su debate surgieron los intentos más importantes para establecer la posibilidad de interpretar las diferencias culturales del mundo indígena, con respecto a las europeas, sólo como una diversidad de respuestas a las mismas necesidades sociales y morales de toda la Humanidad. Refiriéndose a la Apologética Historia Sumaria de fray Bartolomé de

las Casas y a su intención de "demostrar una semejanza fundamental entre grupos culturales muy distintos" Anthony Padgen (1988: 172-173) califica a ésta como "una extensa obra de etnología comparativa, la primera, que yo sepa, escrita en una lengua europea". El esfuerzo lascasiano en defensa del indígena, que alcanza su punto más alto en la célebre discusión mantenida en Valladolid a mediados del siglo, adquiere su verdadera trascendencia cuando consigue transmitir la parte clave de su discurso, expresado en forma más sosegada en esta obra que redacta ya en los últimos años de su vida, tan cargada de experiencias americanas. A pesar de las reticencias oficiales hacia un asunto que había traspasado los muros universitarios y recorría los caminos en el Auto de las Cortes de la Muerte pregonando el triste destino de América a causa, precisamente, de sus riquezas.

El texto lascasiano advierte la necesidad de comenzar a hablar de América con la descripción del medio físico, de modo que se convierta en principio en soporte de las posteriores referencias de tipo etnográfico. Con ello busca demostrar que no hay nada en la naturaleza americana que impida a sus habitantes un desarrollo normal de la vida, en igualdad de condiciones que en Europa, e incluso mejor que en algunas de sus regiones. Posteriormente pasa a una descripción del indio como individuo, en su relación familiar y agrupado socialmente, comparándolo con otros pueblos occidentales, de donde deduce su perfecta capacidad para el autogobierno, lejos de cualquier tipo de tutela. De esta forma el indio entra con pleno derecho en la comunidad universal. La reelaboración de los argumentos clásicos y escolásticos -fundamentalmente aristotélicos y tomistas- a los que le obliga el fin último de su escrito constituye la base de su extensa exposición. Después que él, los detractores del mundo americano, también recurrirán a la descripción de la naturaleza, en su versión negativa, para fundamentar la inferioridad del indio, que no supo dominarla. Y si Las Casas recurrió a la autoridad de los Padres de la Iglesia, éstos lo harán en nombre de una pseudociencia muy a la moda.

Si el texto de Pedro Mártir, redactado en latín, tuvo por ello una difusión limitada dentro de círculos muy concretos, y el de Las Casas no llegó siquiera a conocerse en su momento -siglos hubo que esperar para su lectura-, la producción americana del jesuita José de Acosta tuvo mayor fortuna, sobre todo su "Historia Natural y Moral de las Indias". Impresa ya en castellano a finales del XVI, en 1590, es la obra que, como recordábamos, aparece con mayor frecuencia entre las lecturas americanistas de la primera mitad del siglo XVII, manteniendo su presencia de una forma más discreta a lo largo de la segunda mitad de esta centuria y durante todo el XVIII.

Su relevancia ha sido sobradamente puesta de manifiesto y por ello no puede resultar extraño que su texto -su método- ofrezca unas posibilidades museológicas, hasta ahora no explotadas. Sobre todo a la hora de plantearse el mundo americano como algo real, tal y como hizo el jesuita. Aquí su primera enseñanza: prescindir de valoraciones exóticas y de juicios morales. Si él no deseaba para su obra la consideración dada a los libros de caballería, no busquemos nosotros otras fabulaciones. Si gracias al estudio de las culturas americanas, a través del conocimiento empírico, podían llegar a comprenderse mejor otras culturas no cristianas -aquí pesaba su condición de religioso-, utilicemos también lo que conocemos mejor de otras culturas para comprender a las americanas en su

diversidad. Item más, si Acosta decidió, para hacer más inteligible su obra y darle mayor coherencia, prescindir explícitamente de algo que por lo general constituía el hilo narrativo de todo lo escrito con anterioridad: la conquista y la evangelización, porque “de eso hay hartos libros...(y)... eso requiere otra nueva diligencia”, demos actualidad a su argumento, y enfrentemos la descripción de América, su historia natural y moral, desde los planteamientos antropológicos.

Una de las mayores preocupaciones del historiador jesuita era la de que su obra se basase en la medida de lo posible en hechos contrastados, o personalmente o a través de otras opiniones fiables, dando de lado a las numerosas informaciones de segunda y tercera mano que, en su opinión, llenaban muchas de las páginas publicadas hasta el momento. Desautoriza el seguimiento de algunas interpretaciones dadas a los clásicos y fomenta una nueva lectura de estos adecuada a los hechos realmente comprobados. Y cuando necesita buscar una explicación a las diferencias culturales de los habitantes del continente consigue elaborar una teoría de tanta importancia como la del poblamiento de América:

“... ni hay razón en contrario, ni experiencia que deshaga mi imaginación, u opinión, de que toda la tierra se junta, y continúa en alguna parte, a lo menos se hallega mucho. Si esto es verdad, como en efecto me lo parece, fácil respuesta tiene la duda tan difícil, que habíamos propuesto: cómo pasaron a las Indias los primeros pobladores de ellas, porque se ha de decir, que pasaron, no tanto navegando por mar, como caminando por tierra; y ese camino lo hicieron muy sin pensar, mudando sitios y tierra muy poco a poco; unos poblando las ya halladas, otros buscando otras de nuevo, vinieron por discurso de tiempo a henchir las tierras de Indias de tantas naciones, y gentes, y lenguas” (1962: 57).

Como ya hiciera Las Casas, también José de Acosta dedica la primera parte de su trabajo a la descripción de la naturaleza americana, poniendo especial énfasis en su diversidad. América no es un remedo de Europa y por lo tanto sus especies animales y vegetales deben ser conocidas a través de sus propias características y no en función de sus semejanzas con las que existen en el Viejo Continente.

Frente al carácter reduccionista y simplificador de la figura alegórica a la que aludíamos al principio, tan difundida temporal y especialmente, Acosta ofrece a sus lectores la cara opuesta de la moneda: la posibilidad de diferenciar claramente las múltiples culturas que la componen. Evidentemente para llevar a cabo una historia de carácter general era necesario poder extraer los datos precisos de la información reunida hasta el momento, analizarla con sentido crítico, desbrozando meticulosamente el terreno, y estructurarla de forma coherente. Y todo ello sin levantar polémicas estériles.

En esta misma línea de preocupación por la veracidad de los datos trabajó durante largos años otro de los historiadores de América más reivindicados por los antropólogos: fray Bernardino de Sahagún. Franciscano radicado en la Nueva España es, como reclamaba Acosta, alguien que conoce América y que la vive intensamente. Durante largos años y sobre todo por medio de la utilización de un método riguroso de informa-

ción consiguió preparar lo que sería el conjunto de libros dedicados a la "Historia de las cosas de la Nueva España", que desgraciadamente no sería publicada en su momento, ni mucho tiempo después. Toda la información que reúne Sahagún tiene un fin determinado, como el autor declara en el Prólogo del segundo libro: "... a mí me fue mandado por santa obediencia de mi prelado mayor que escribiese en lengua mexicana lo que me pareciese útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristiandad de estos naturales de esta Nueva España. y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan". Es evidente que las multitudinarias conversiones de indígenas que se venían produciendo, pronto quedaban descalificadas al advertir que, de forma más o menos oculta, seguían éstos manteniendo sus propios cultos. Pero para descubrirlos era preciso conocerlos. Y a ello se apresta inicialmente el franciscano quien explica con toda sencillez la fórmula elegida, todo un ejemplo de trabajo de campo:

"Recibido este mandamiento, hice en lengua castellana una minuta o memoria de todas las materias que había de tratar, que fue la que está escrito en los doce libros, y la postilla y cánticos, lo cual se puso de primera tijera en el pueblo de Tepepulco, que es de la provincia de Aculhuacan o Tezcucu; hízose de esta manera.

En el dicho pueblo hice juntar todos los principales con el Señor del pueblo, que se llamaba Don Diego de Mendoza, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en todas las cosas curiales, bélicas y políticas, y aún idolátricas. Habiéndolos juntado, propúseles lo que pretendía hacer y pedíles me diesen personas hábiles y experimentadas con quien pudiese platicar y me supiesen dar razón de lo que les preguntase. Ellos me respondieron que se hablarían acerca de lo propuesto y que otro día me responderían, y así se despidieron de mí. Otro día vinieron el señor con los principales, y hecho un muy solemne parlamento, como ellos entonces le usaban hacer, señaláronme hasta diez o doce principales ancianos y dijéronme que con aquellos podía comunicar y que ellos me darían razón de todo lo que les preguntase. Estaban allí hasta cuatro latinos, a los cuales yo pocos años antes había enseñado la gramática en el Colegio de Santa Cruz de Tlatilulco.

Con estos principales y gramáticos, también principales, platique muchos días, cerca de dos años, siguiendo el orden de la minuta que yo tenía hecha. Todas las cosas que conferimos, me las dieron por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban, y los gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaración al pie de la pintura".

Elaboración de un cuestionario, selección de los informantes, utilización de la lengua y la escritura vernáculas, traducción al castellano por indígenas ladinos, puesta en limpio de las copias... Y fin de la historia, ya que pasó a engrosar el capítulo de las no publicadas.

El esfuerzo realizado por tantos autores como componen la historiografía indiana, cada uno en la medida de sus capacidades y de las condiciones que le imponían su entorno, merece ser reconocido antes de abordar el tema de la configuración cultural del mundo americano. Mu-

chos, como fray Diego de Landa en su "Relación de las cosas de Yucatán", no pudieron sustraerse a la descalificación moral de importantes logros culturales como el calendario maya, pero su descripción es un instrumento necesario para su comprensión:

"No sólo tenían los indios cuenta del año y los meses, como queda dicho y señalado atrás, sino que tenían cierto modo de contar los tiempos y sus cosas por edades, las cuales hacían de veinte en veinte, contando 13 veintes con una de las 20 letras de los meses que llaman Ahua, sin orden sino retrucadas como aparecen en la siguiente raya redonda.

Llámanles a estos en su lengua Katunes, y con ellos tenían, a maravilla, cuenta de sus edades, y le fue así fácil al viejo de quien en el primer capítulo dije había trescientos años acordarse de ellos. Y si yo no supiera de estas sus cuentas, no creyera se pudiese así acordar de tanta edad.

Quien esta cuenta de los Katunes ordenó, si fue el demonio, hizo lo que suele ordenándola a su honor; y si fue hombre, debía ser buen idólatra porque con estos sus Katunes añadió todos los principales engaños y agüeros y embaucamientos con que esta gente andaba allende de sus miserias del todo embaucada, y así, esta era la ciencia a que ellos daban más crédito y la que en más tenían y de la que no todos los sacerdotes sabían dar cuenta" (1982: 103-104)

Los "redescubridores" de América, los científicos que viajaron a ella durante el siglo XVIII y los que elucubraban sin moverse de sus lugares de residencia, desconocían una parte importante de este ingente material y en ocasiones actuaron de espaldas a sus aportaciones más destacadas. No deja de ser sorprendente que el Cronista Mayor de Indias Miguel Herrero Ezpeleta se considerara incapaz en pleno siglo XVIII - entre 1734 y 1750- de continuar la historia del Nuevo Mundo, como formaba parte de la obligación de su cargo, a partir del punto en que la había dejado Antonio de Herrera, en su "Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano", es decir, en 1554. Para ello aducía falta de bibliografía española y por lo tanto la necesidad de recurrir a obras extranjeras poco fiables por su antiespañolismo, precisamente él que tenía a su entera disposición el extenso material reunido por el Consejo de Indias -incluidos numerosos originales que habían sido retenidos tras desautorizar su publicación- además del precedente de los diferentes organismos oficiales en los que intervenía la compleja burocracia indiana. Su flojera personal contrasta con la energía puesta en movimiento con un fin semejante por Juan Bautista Muñoz, Cosmógrafo Mayor de Indias desde 1770 y comisionado por Carlos III nueve años más tarde para escribir una nueva "Historia de América", motivada por la aparición en Inglaterra de la obra de William Robertson "The History of America" a la que también se llegó a juzgar tendenciosa. Sin embargo, el resultado final no pudo ser más decepcionante por lo que se refiere a la publicación y consiguiente divulgación de una historia realizada con los criterios científicos que había demostrado su autor y que respondían a las preocupaciones del momento. El primer y único volumen publicado (1793) sólo alcanzaba a ocuparse del período comprendido entre 1492 y 1500.

El sucesor de Herrero Ezpeleta, el benedictino fray Martín Sarmiento tampoco dejó ningún escrito relacionado directamente con América, como ha sido recordado (Esteve Barba, 1964:133) pero pocos años antes de su nombramiento como Cronista había realizado un importante esfuerzo para incluir los temas americanos en el programa iconográfico escultórico con que se quiso decorar el Palacio Real de Madrid. De haberlo conseguido las imágenes relacionadas con el Nuevo Mundo hubieran desempeñado un protagonismo inalcanzado hasta el momento en las obras reales, pero su proyecto inicial, presentado en varios informes entre 1743 y 1749, sufrió primero importantes recortes, desapareciendo todas las referencias de este tipo a la llegada de Carlos III. Sus mentores fueron Felipe V y Fernando VI, a los que el religioso consiguió convencer de la necesidad de presentar un mensaje coherente y específicamente español frente a las propuestas de los artistas italianos, especialmente Olivieri, que optaban por simbolismos más universales. Una de sus propuestas más novedosas era la destinada a incluir doce emperadores americanos entre las estatuas dispuestas para el piso principal: "Otra docena de adornos se me ofrece, que sé que gustará mucho y en especial a los americanos; siendo el imperio del México y el del Perú las dos principales y más preciosas piedras de la corona de S.M., no parecerá extraño que algunos de sus emperadores idólatras sirvan de adorno en su Palacio, seis a su derecha y seis a su izquierda. En este caso se debe colocar Motezuma en la basa N, y retrocediendo, en la M, L, K, H, G, los cinco emperadores de México, sus antecesores, según los pone el P. Torquemada. Y en la basa A se debe colocar a Atabalipa; y en las basas B, C, D, E, F, los cinco Incas Emperadores del Perú sus antecesores". A pesar de su convencimiento de que "Este adorno, si se escoge, dará un aire de singular magnificencia a todo el exterior del Palacio, y, si es correspondiente la representación, se llevará los ojos de todos", la idea fue rechazada y sólo se aceptó incluir a los dos emperadores que gobernaban a la llegada de los españoles. Para el adorno de la galería del cuarto principal Sarmiento discurre un plan en el que cada uno de los lados estará ocupado por un tema general: político, religioso, militar y científico. En el militar y en el político se encontraban las representaciones de la conquista de México, la conquista de Perú y el Consejo de Indias. Ninguna de ellas llegó a ocupar el lugar previsto (Plaza; 1978).

La erudición de fray Martín Sarmiento queda fuera de toda duda ante los argumentos con que arropa sus sucesivas propuestas; sin embargo, la relación de los temas que selecciona como representativos del lado científico, poco tienen que ver con un hombre que se cartea con Linneo y mantiene una estrecha amistad con Feijoo, a quien defiende públicamente: "1. La astronomía entre Ptolomeo y Alfonso el Sabio. 2. La Matemática entre Euclides y Arquímedes. 3. La Música entre Pitágoras y Boecio. 4. La Dialéctica o Metafísica entre Platón y Aristóteles. 5. La Filosofía o Física entre Teofrasto y Plinio. 6. La Retórica o Poesía entre Homero y Virgilio. 7. La Medicina entre Hipócrates y Galeno. 8. La Gramática entre Varrón y Nebrija. 9. La Teología entre San Agustín y Santo Tomás. 10. Impresión de la Biblia regia, con Felipe II y Arias Montano. 11. Edición de la Biblia Complutense, con Cisneros y Vergara" (Plaza; 1978:181).

Aunque la Ciencia imponía en el siglo XVIII sus métodos frente a los escolásticos y la Política y la Economía delimitaban nuevos intereses, el peso de la tradición es todavía muy fuerte en la Península, que asiste al

renacer de los grandes mitos relacionados con el mundo americano y sus habitantes, que adquiere especial virulencia en Europa. Una vez más la figura de América se debate entre el mito y la realidad. Otra vez se idealiza y se degrada el supuesto estado natural de sus indígenas y, sin entender el mensaje de Acosta, nuevamente se la somete a juicio.

Y en medio de la polémica se miden sus costas, se analizan y clasifican sus animales, sus plantas y sus minerales, se "retrata" a sus habitantes, se recogen muestras de su cultura material, se hacen estudios científicos de todo tipo con la vista puesta en un mejor aprovechamiento de sus recursos, se investiga su pasado, y se acumula una voluminosa información que trasciende en su momento al mínimo y que enriquece al máximo nuestros instrumentos del conocimiento. Es decir, se acomete a través de las expediciones científicas una labor destinada a revisar y contrastar todo el bagaje del conocimiento americanista acumulado hasta el momento, enriqueciéndolo por medio del empleo de métodos de investigación que intentan actuar con el máximo rigor experimental.

La Botánica abre camino y tras ella adquiere una gran importancia la Biología, en la que se incluyen los estudios etnográficos. Gracias a ellos se van poniendo de manifiesto las diversas repuestas culturales que ofrecen múltiples grupos humanos distintos al europeo, con el que se hace evidente la comparación. De nuevo, como ya sucediera en el siglo XVI, el tema va más allá de la mera acumulación de datos, al entrar en el terreno de los filósofos -que ahora sustituyen a los teólogos- provocando en ellos la necesidad de replantear las teorías relacionadas con la historia general del hombre. Ahora ya no se trata de reinterpretar la clasificación aristotélica de los bárbaros, sino de poner frente a frente al hombre natural y al hombre civilizado. Primero se describe lo que se ve y después se interpreta a través de la clasificación y el estudio comparativo.

A través de la minuciosa organización de las expediciones científicas se impone el método basado en la observación directa. Lo reclama el propio Rousseau pero siglos antes que él los mencionados La Casa y Acosta, entre otros, lo habían considerado como algo fundamental a la hora de hablar -y de escribir- sobre América. Comparados con los dos años que empleó Sahagún en reunir el material para elaborar su obra, los contactos que en ocasiones establecen los expedicionarios con el mundo indígena -a veces dos días, a veces dos meses- pueden llegar a parecernos muy limitados. Sólo la preparación y especialización de los encargados de reunir la información pudo hacer frente al permanente reto que suponía acumular un máximo de datos en un periodo de tiempo siempre breve.

El éxito dependía sobre todo de la organización del viaje. De la delimitación clara de sus fines, incluidos los políticos más reservados. De la selección de los integrantes del equipo, ya multidisciplinar. De los contactos establecidos a lo largo de la ruta, que podían facilitar o entorpecer sobremanera el trabajo. De los periódicos envíos a la Península del material reunido. Y del posterior trabajo de clasificación, puesta en limpio y redacción final de los informes que debían llevarse a cabo tras el regreso, a fin de dar a la luz los conocimientos adquiridos y ofrecer al mundo científico la posibilidad de reafirmar o poner en entredicho la validez de las teorías en uso.

Desgraciadamente, por lo que respecta a España, el último aspecto, el de la divulgación, encontró parecidas dificultades a las que sufrieron desde el siglo XVI muchos de los textos dedicados al tema americano. Y ello a pesar de que las expediciones científicas fueron consideradas empresas de Estado, en las que se empeñaba el prestigio, hasta el punto de que en ellas se cifraba incluso el grado de "civilización" de la nación. Parte de los objetos reunidos por ellas engrosaron las colecciones del Real Gabinete de Historia Natural, donde fueron agrupadas de acuerdo con la definición de los reinos naturales, y parte se perdieron en medio de la desidia; parte de los numerosos dibujos elaborados durante el viaje y retocados al regreso con la intención de ser publicados en su mayoría llegaron al Real Jardín Botánico, pero parte permaneció en manos de particulares disgregándose hasta una recuperación muy posterior o su pérdida definitiva. Y los diarios, tanto los borradores parciales como las versiones finales, dispersos también entre diferentes instituciones, necesitaron en su mayoría más de un siglo para empezar a llegar a manos de los lectores.

A pesar de todo ello, el abundante material americanista acumulado especialmente durante la segunda mitad del siglo XVIII, consiguió engrosar de forma muy considerable el volumen de los instrumentos del conocimiento dedicados al Nuevo Mundo, pues de él extrajeron los científicos la mayor parte de su información, aunque el habitante de las islas de Oceanía sustituyera al indígena americano como máxima representación del hombre en estado natural.

Tal y como ya sucediera en los siglos XVI y XVII, y como se repetiría posteriormente, todo lo relacionado con la divulgación de temas americanos en España tuvo también en el XVIII un fuerte lastre, desconocido en los restantes países europeos. El del juicio de la actuación española, presente de forma más o menos velada en todo texto dedicado a este asunto. Las expediciones científicas no fueron ajenas a esta problemática, ya que sus informes críticos sobre el mundo colonial - siempre reservados - manifestaban con claridad la idea del progreso y de la civilización que mantenían sus responsables. En estas descripciones, tanto o más que en las dedicadas al mundo indígena, se hacen evidentes las contradicciones del ilustrado, que juzga a través de la lente etnocéntrica al mantener una postura diferente ante el indígena en "estado natural" y el "aculturado". Del mismo modo que estaba presente en la sociedad criolla una exaltación del indígena prehispánico y una descalificación del contemporáneo.

Estas diferentes valoraciones perviven en la actualidad con más intensidad de la que a menudo estamos dispuestos a reconocer. Y en el mundo de la Museología mantiene una vigencia innegable a través tanto de exposiciones temporales como de instalaciones permanentes. De ahí la oportunidad, probablemente, del planteamiento que estamos proponiendo en esta ocasión, prescindiendo del discurso cronológico en beneficio del temático, como se verá en los trabajos que se incluyen a continuación de éste. Y de ahí, también, el que este área introductoria no se entienda como una historia, más o menos resumida, de los cronistas, de las expediciones científicas, del coleccionismo americanista o de la cartografía -según los diferentes espacios museográficos definidos-, pues ello sería volver a caer nuevamente en la tentación de hablar de la historia propia so pretexto de hacerlo sobre América. Todos estos temas atañen directamen-

te a la historia de las mentalidades europeas, y en ella deben de ser analizados con el protagonismo que merecen.

La denominación genérica del área como *Los instrumentos del conocimiento: América entre el mito y la realidad*, tiene la intención clara de evidenciar al visitante las diferentes fuentes que desde Europa, y desde España más concretamente, sirven para acercarse a la realidad americana, reconociendo también los elementos distorsionadores y su procedencia.

En definitiva, la propuesta es que, por una vez y esperando que sí sirva de precedente, hablemos de América en el Museo de América.

BIBLIOGRAFIA

- ABELLÁN, J.L.: *La idea de América. Origen y evolución*. Ed. Istmo. Madrid, 1972.
- ABELLÁN, J.L.: «Los orígenes españoles del mito del "buen salvaje". Fray Bartolomé de Las Casas y su antropología utópica» en *Revista de Indias*, 145-146, pp. 157-179, 1976.
- ACOSTA, José de: *Historia Natural y Moral de las Indias*. Edición de E. O'Gorman. F.C.E., México, 1962.
- ANGLERÍA, Pedro Mártir de: *Décadas del Nuevo Mundo*. Introducción de Ramón Alba. Ediciones Polifemo. Madrid, 1989.
- CRO, S.: «Las fuentes clásicas de la utopía moderna: el Buen Salvaje y las Islas Felices en la Historiografía Indiana» en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 6, pp. 39-51, 1973.
- CRO, S.: *Realidad y utopía en el descubrimiento y conquista de la América Hispana (1492-1682)*. Fundación Universitaria. Madrid, 1983.
- ELLIOT, J.H.: «Renaissance Europe and America: A Blunted Impact?» en *First Images of America: The impact of the New World on the Old*. Los Angeles, 1976.
- ELLIOT, J.H.: *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*. Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- ESTEVE BARBA, F.: *Historiografía Indiana*. Gredos. Madrid, 1964.
- GAOS, J.: *Historia de nuestra idea del mundo*. El Colegio de México, México, 1973.
- GERBI, A.: *La naturaleza de las Indias Nuevas: De Cristobal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. F.C.E., México, 1979.
- GERBI, A.: *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica*. México, 1982.
- GIL, J.: *Mitos y utopías del Descubrimiento*. Alianza Editorial. Madrid, 1989.
- GLIOZZI, G.: *La scoperta dei selvaggi: Antropologia e colonialismo de Colombo a Diderot*. Milano, 1971. (Ed.)
- HONOUR, H.: *The New Golden Land. European Images of America from The Discoverer to the Present Time*. New York, 1975.
- HONOUR, H.: *The European Vision of America*. The Cleveland Museum of Art. Cleveland, 1976.
- KEEN, B.: «The european vision of the indian in the sixteenth and seventeenth centuries: A sociological approach» en *La imagen del indio en la Europa Moderna*. C.S.I.C. / F.E.C. / E.E.H.A.. Sevilla, pp. 101-116, 1990.
- KUGELGEN KROPFINGER, H. Von : «El indio: ¿Bárbaro y/o buen salvaje?» en *La imagen del indio en la Europa Moderna*. C.S.I.C. / F.E.C. / E.E.H.A.. Sevilla, pp. 457-487., 1990.
- LANDA, Diego de: *Relación de las cosas de Yucatán*. Introducción de Angel M^a Garibay. Ed. Porrúa. México., 1982.
- MARAVALL, J.A.: «La palabra "civilización" y su sentido en el siglo XVIII» en *Actas del Quinto Congreso internacional de Hispanistas*. Bordeaux, 1, pp. 79-104., 1977.
- MYTHEN DER NEUEN WELT. *Zur Entdeckungsgeschichte Lateinamerikas*. Berliner Festspiele. Berlin, 1982.
- O'GORMAN, E.: «Sobre la naturaleza bestial del indio americano» en *Filosofía y Letras*, 1, pp. 141-156 y 205-315., 1941.
- O'GORMAN, E.: *La invención de América*. México., 1958.
- PAGDEN, A.: *La caída del hombre natural*. Alianza Editorial. Madrid, 1988.
- PINO DIAZ, F. del (coordinador): *Ciencia y contexto histórico nacional en las expediciones ilustradas a América*. C.S.I.C.. Madrid, 1988
- PLAZA, F. de la: *El Palacio real Nuevo de Madrid*. Valladolid, 1978.
- SAHAGUN, Bernardino de: *Historia de las cosas de la Nueva España*. Prólogo de A. López Austin y J. García Quintana. Alianza Editorial. Madrid, 1988.
- STUTERVANT, W. C.: «First Visual Images of Native America» en *First Images of América: The Impact of the New World on the Old*. Los Angeles, 1976.